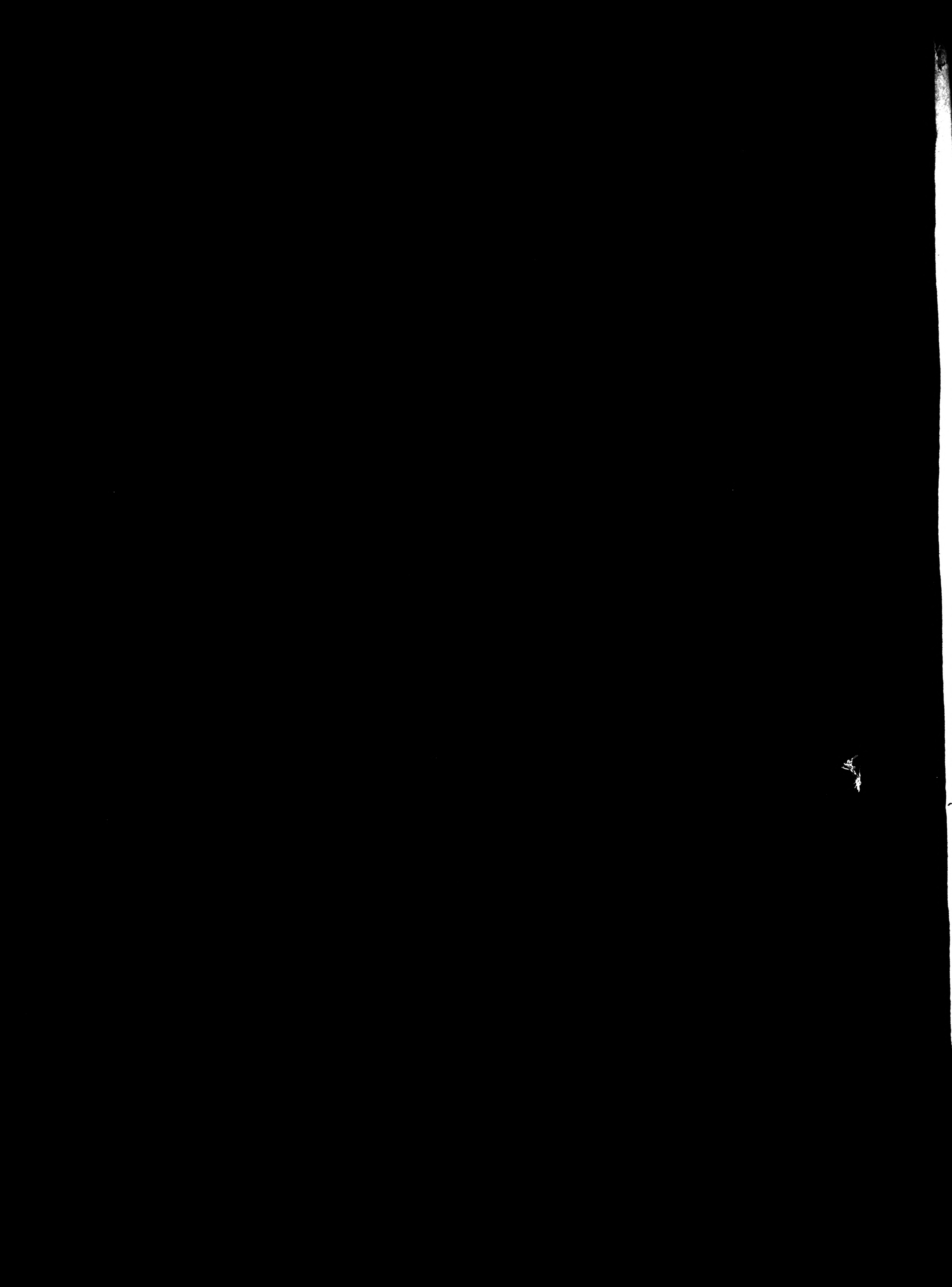
Master Negative
Storage Number

OCI00043.06

Historia de Cristóbal Colón

Madrid

[1893?]



(TRES PLIEGOS)



HISTORIA
DE
CRISTÓBAL COLÓN
Ó EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA



DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.


ES PROPIEDAD

HISTORIA

DE

CRISTOBAL COLÓN

CAPÍTULO PRIMERO

Nacimiento de Colón.—Principio de su carrera.—Su arribo á Portugal.—Sus proyectos manifestados á la república de Génova, á la corte de Lisboa, Londres y España. —Repulsa de aquellos príncipes.—Logra Colón sus deseos en España.—Estipulación firmada por los Reyes Fernando é Isabel.

Cristóbal Colón nació por los años de 1435 al 1438, pues no ha sido posible saber con certeza la fecha de su nacimento. Hijo de un cardador de lana en las cercanías de Génova, contaba entre sus parientes un gran número de marinos que desde su infancia despertaron en él una preferente afición á esta honrosa carrera. Su perspicaz talento y su aplicación en los estudios á que le dedicó su padre, á pesar de sus escasos recursos, le pusieron bien pronto en el caso de saber tanto como los maestros que le enseñaban matemáticas, geografía, astronomía y navegación. Á los catorce años principió á navegar, y á los quince ya era el jefe de una embarcación pequeña. Dando, desde luego, pruebas de sus profundos conocimientos y de su valor, la república de Génova utilizó los servicios de Colón en los ataques frecuentes que aquella república sostenía en el Mediterráneo con la de Venecia.

En uno de sus encuentros fué á pique el buque de Colón y toda la tripulación sumergida, salvándose solamente el intrépido genovés, que luchando con las olas pudo llegar á nado á las costas de Portugal. Después de algunos días de descanso, se dirigió á Lisboa.

Por aquella época, los portugueses habían descubierto en las inmediaciones del África dos islas que llamaron Porto-Santo y Madera. Cristóbal Colón, cuyo nombre ya era muy apreciado entre los marinos portugueses, bien pronto hizo amistad con los hombres más eminentes de aquella nación, y luego se casó con la hija del capitán que había descubierto las dos islas del África. Los diarios y los mapas de este hábil na-

vegante despertaron en Colón una idea que, robusteciéndose un día y otro día, le hizo concebir el proyecto de una colosal empresa. Se imaginó, pues, Colón, que el mundo debía ser redondo, y que la otra parte debajo de lo conocido hasta entonces no debía estar compuesta sólo por las aguas del mar, sino que allí también habría otras tierras y otras criaturas. Afirmado en esta idea, pensó que si partiendo de Europa se encaminaba en dirección del Oeste ó Poniente por el Océano, al cabo de cierto tiempo se llegaría precisamente á la otra parte por él imaginada. Quiso Colón lanzarse á realizar tan gran descubrimiento; pero con los medios de su escasa fortuna imposible le era costear los gastos de tan arriesgada empresa. Erale, pues, necesario interesar en su proyecto á los más poderosos personajes: y desde luego pensó en su patria, con el fin de hacerla participar de la gloria que para sí mismo se prometía. Se dirigió al Senado de Génova y solicitó los recursos indispensables para su plan; pero el Senado lo rechazó teniéndole por un aventurero que intentaba medrar á la costa de los incautos.

Con tal negativa, Colón se volvió á Portugal, creyendo que allí le sería más fácil lograr su deseo, puesto que ya los portugueses se hallaban animados con otros descubrimientos. Hizo su proposición al monarca portugués, el cual aparentó acoger bien tal proyecto; mas lo hizo sólo con el designio de aprovechar las revelaciones de Colón, y entreteniéndole á éste con halagüeñas esperanzas, mandar de por sí quien hiciera el descubrimiento del Nuevo Mundo. Semejante traición la corte de Lisboa la puso por obra; pero no dió el resultado que se buscaba, porque el capitán encargado de ejecutarla, después de haber navegado algún tiempo en el Océano hacia el Oeste, se volvió cansado á Lisboa, donde hizo creer que los cálculos de Colón eran solamente una quimera.

El navegante genovés, indignado con la traición de la corte portuguesa, salió precipitadamente de aquel reino con dirección á España, enviando al mismo tiempo á su hermano Bartolomé á Inglaterra, también con el intento de solicitar socorros por si se los negaban en España. Cristóbal se presentó en esta corte ante sus monarcas, que á la sazon lo eran D. Fernando llamado *el Católico* y su esposa D.ª Isabel, los cuales le recibieron con mucha benevolencia; mas antes de decidirse á otorgarle lo que pedía, quisieron someter el proyecto al examen de los hombres que se tenían por sabios en

el reino. Estos, cuyos conocimientos eran muy inferiores á los de Colón, informaron al monarca desfavorablemente después de cinco años de consultas y esperanzas. La corte de España declaró á Colón que no podía ocuparse de más empresas por entonces que de la guerra que con los moros sostenía en Granada. No se desanimó Colón con esta negativa: pensó interesar en su favor á dos grandes de España, y éstos también se negaron á escucharle.

Más de cinco años de inútiles tentativas no bastaron para hacer desistir de su proyecto al intrépido navegante, y cada vez más persistía en su idea. Tenía un hijo educándose en un convento de religiosos franciscos de la Rábida, cerca del Puerto de Palos, en Andalucía, y fué allá para verle. Era el superior del convento un hombre muy sabio, y hablándole Colón de sus planes, le oyó con mucho agrado y le ofreció interponer el gran valimiento que tenía con la reina y obtener su gracia en favor de Colón. En efecto, se dió tan buena maña, que el genovés fué llamado inmediatamente á la corte. Sin embargo, sometido de nuevo el proyecto al examen de los cortesanos, le condenaron como anteriormente. Se decidió Colón á partir para Inglaterra y hacer su tentativa con aquel rey, porque no había tenido noticia alguna de su hermano desde que le envió con tal objeto.

Ya próximo á emprender su viaje, se verificó la conquista de Granada por los reyes *Católicos*, y esto concluía la guerra tantos años sostenida con los moros. Los amigos de Colón supieron aprovechar esta favorable coyuntura, y lograron que la reina Isabel consintiese en dar lo necesario para la expedición al Nuevo Mundo. Colón recibió la escritura que le hicieron los reyes de España de reconocerle por virrey de todas las comarcas que descubriese, perpetuar en sus descendientes aquella dignidad, y cederle la décima de los productos en cada año de las tierras descubiertas.

CAPÍTULO II

Preparativos para la expedición.—Gastos del armamento y gente que compone el equipaje.—Partida de Colón á su descubrimiento.—Rebeliones de la tripulación.—Plazo convenido entre Colón y su gente.—Descubrimiento de tierras.—Arribo á las islas desconocidas.

La reina Isabel facilitó á Colón lo necesario para la expedición al Nuevo Mundo; mas los recursos fueron tan limita-

dos, que el genovés tuvo que asociarse á dos ricos negociantes de Palos para que le supliesen lo que faltaba. Todos los gastos del armamento no pasaron de trescientos sesenta mil reales; pero en aquellos tiempos esta suma era exorbitante. Tres fueron las naves que á Colón le dieron; unas especies de barcas ó carabelas, tan pequeñas y mal acondicionadas, que sólo un marino tan intrépido y entendido como él podía tomarlas para lanzarse en la inmensidad de un mar desconocido Grandes dificultades tuvo que vencer para decidir á las gentes que debían acompañarle, cuyo número en toda la tripulación era de unos noventa hombres. Al fin arreglado todo y hechas provisiones para un año, después de implorar la protección del cielo, el día 3 de Agosto de 1492 se hizo á la vela la escuadra, compuestas de las tres naves llamadas la *Santa María,* donde iba el almirante, la *Pinta* y la *Niña.*

Según el plan que Colón se había propuesto, se dirigió hacia las Canarias. Al día siguiente de la partida sucedió á la escuadra un contratiempo que puso al almirante en grave riesgo. Se rompió el timón de la *Pinta;* tal fué de caso pensado por su piloto, casi arrepentido ya de su temeraria empresa, y esta circunstancia hizo ver á la tripulación un presagio de mal agüero. Pero el almirante con su sangre fría y talento supo disipar aquellos temores, y puesto el timón en su primitivo estado, prosiguió la escuadra su ruta. Al tercer día perdió de vista toda la tierra y entonces la tripulación cayó en el más profundo abatimiento. Espantada de su audacia, con sollozos y con lágrimas manifiesta su temor, y á Colón le cuesta no poco trabajo el volver las esperanzas á sus abatidos compañeros, que se creían para siempre ya separados de sus familias y su patria. Al sexto día de su navegación, vieron nadar sobre las aguas un grueso tronco de árbol, y esto les hizo presumir que hacia aquella parte debían encontrarse tierras; pero esta esperanza quedó desvanecida cuando pasada una hora y otra y otra, no se descubría sino cielo y agua. Después de haber andado unas cincuenta leguas, de repente se hallaron con que la aguja de marear no les regía fijamente, cuyo fenómeno ni el mismo Colón supo á que atribuirlo.

Aterrados los compañeros de Colón en vista de aquel suceso que anunciaba un trastorno en el orden de los elementos y midiendo en su imaginación la enorme distancia que les separaba de sus casas, principiaron á inquietarse contra el hombre que les había engañado, arrastrándoles á tan terri-

bles peligros. El almirante, con su fecundo ingenio, supo tranquilizar los animos; mas en el mismo día se hallaron en un mar cubierto de hierbas tan espesas, que entorpecían la marcha de las naves. De nuevo principiaron las quejas y los lamentos creyendo que aquellas hierbas eran una barrera puesta por el mismo Dios para que de allí ningún hombre fuese osado á pasar.

También entonces Colón supo calmar el descontento de sus gentes, haciéndoles ver que aquello que más les alarmaba era lo que debía llenarles de gozo, pues no siendo posible que las hierbas naciesen en medio del mar, indudablemente les anunciaba la proximidad de algunas tierras. En el mismo instante, una bandada de pájaros que volaban hacia el Oeste, hicieron á la tripulación creer por cierto lo que el almirante decía.

Siguieron caminando, y todas aquellas señales que reanimaban las esperanzas luego desaparecieron. Más de setecientas leguas llevaban andadas las naves y ni en lo más remoto se les presentaba indicio alguno de tierra. De nuevo estallan las quejas de aquellos, que, arrepentidos por haberse dejado seducir por la falacia de un aventurero, culpan también á la reina Isabel, que los ha sacrificado en una loca empresa. La rebelión se pronuncia en todo el equipaje y resuelve echar al mar al almirante para volverse á su patria.

Necesaria fué toda la energía y todo el buen acierto de Colón para salir de aquel trance, en que tanto peligraba su vida. Sin embargo, logró dominar la rebelión. Algunos días más prosiguieron navegando, y una mañana vieron muchas aves marítimas, lo cual, suponiendo que aquellas no podrían alejar mucho su vuelo, les anunciaba la proximidad de la tierra. Echada la sonda al agua, les dió un triste desengaño, pues habiendo soltado más de doscientas brazas de cuerda no se tocó el fondo; y sabido es que el mar disminuye su profundidad según se va aproximando á las costas. A la tarde del siguiente día, muchos pajaritos de especies desconocidas vinieron á ponerse sobre los palos de las embarcaciones, y pasando allí la noche, á la madrugada volaron dirigiéndose al Oeste: todo esto reanimaba las esperanzas de la tripulación; pero los días pasaban y no se descubría la tierra tan ansiada. De nuevo estalló la voz de los revoltosos, pidiendo con terribles amenazas á Colón que les volviese pronto á su patria.

El almirante, que por instantes veia indudables indicios

de acercarse al término de su empresa, les pidió que le concedieran tres días, en cuyo tiempo si no descubría la tierra que anhelaban, ó los volvería á España ó les entregaba su vida. Tranquilizados los ánimos con esta promesa, continuaron su rumbo las naves; y en la noche del segundo día, tanta era la certeza que tenía Colón de la proximidad de tierra, que mandó á todos sus súbditos diesen gracias á Dios por haberles protegido en su arriesgada empresa, y dispuso también que se plegasen las velas para precaver un choque contra las costas.

A las dos de la madrugada, la tripulación de la *Pinta* lanzó de repente el grito de ¡tierra! ¡tierra! é instantáneamente rebosa el gozo y la alegría en las tres embarcaciones. Al despuntar la aurora los marineros entonan el *Te-Deum*, y concluído este piadoso deber, todos anegados en llano se arrojan á los pies del almirante, suplicándole les perdone los inmerecidos ultrajes que le han hecho durante la travesía. Colón les promete olvido completo de lo pasado, y les prescribe las medidas que aconsejaba la prudencia para el arribo á aquellas costas desconocidas.

CAPÍTULO III

Desembarco de los españoles en la isla de Guanahani.—Toma el almirante posesión de aquellas tierras en nombre de los Reyes Católicos.—Descubrimiento de Cuba.—Traición del comandante de una de las naves.—Descubrimiento de otra isla.—Naufragio y establecimiento de una colonia.—Vuelve Colón á España.

Aquella tierra que se presentaba á su vista se llamaba Guanahaní, una de las islas Lucayas, y Colón la dió el nombre de *San Salvador*, para perpetuar la memoria de que al descubrimiento de ella debía su salvación. Dada la orden para votar al agua las chalupas, Colón se dirige á las costas y le acompañan todos los oficiales con las banderas en que se ostentan los nombres de Fernando é Isabel. Al compás de una música militar y de los gritos entusiastas de toda la tripulación, el almirante salta en tierra y pone el primero el pie en aquel nuevo universo. Sus compañeros le siguen, besan enajenados aquella tierra, cuyo aspecto delicioso cautiva los corazones, y fijando en el suelo una cruz grande, todos arrodillados delante, dan gracias al Todopoderoso, y en seguida Colón hace la ceremonia de tomar solemne posesión á nombre de los Reyes Católicos el día 12 de Octubre de 1492.

El estruendo de las salvas de artillería, los ecos de la mú-

sica marcial y la confusa gritería de la flota conmovieron á los habitantes de aquel país, que al principio huyeron aterrados á ocultarse en los bosques; mas luego, un poco repuestos de su espanto, fueron poco á poco acercándose á los recién llegados. Aquellos indios estaban casi todos desnudos, y algunos llevaban cubiertos una pequeña parte de su cuerpo. En las orejas y en la nariz, tenían por adorno varias hojas de oro, y en la cabeza muchas plumas y conchas.

Cuando estuvieron cerca de los españoles, éstos les principiaron á hacer mil agasajos, logrando así que los indios les perdiesen el miedo que les habían inspirado, y los contemplasen con gran respeto y veneración. Todos los objetos que ellos poseían los cambiaban muy gustosos por otros bien insignificantes que les daban los españoles, tales como pedazos de oro de gran valor, por una ó dos cuentas de vidrio; una gran cantidad de fruta exquisita, ó más de veinte libras de hilo de algodón finísimo, por algún cascabel ó algunos botones de cobre que para nada servían.

Queriendo Colón averiguar de dónde tomaban los indios el oro que llevaban con abundancia por adorno de sus orejas y narices, á fuerza de explicaciones por señas pudo comprender que lo sacaban de otro punto distante de aquella isla y más hacia el Sur.

Al día siguiente, Colón determinó dirigirse al punto aquel por la costa, y embarcando llevó consigo siete indios para intérpretes y guías. Encontró en la travesía diferentes islas; pero sólo se detuvo en tres considerables, á las cuales dió los nombres de Santa María de la Concepción, Fernandina é Isabela. Después encontró una gran extensión de tierra en extremo deliciosa, fértil y poblada, que le dijeron llamarse Cuba en el idioma de los indios. Colón se detuvo allí algunos días, y atrayéndose las voluntades de los indios con regalos y agasajos de bagatelas de España casi de ningún valor, fué muy obsequiado por el cacique y el príncipe de aquellas gentes. Partió, pues, hacia el país de las minas de oro llamado Haiti. Los naturales ningún aprecio hacían de aquel metal, y les sorprendía extraordinariamente la grande afición que por él manifestaban los europeos.

Apenas salió de la isla de Cuba el comandante de la *Pinta*, llamado Alonso Pinzón, aprovechando la circunstancia de que su nave era la más velera, se adelantó á las otras dos, con ánimo de llegar mucho antes que el almirante y hacer por

sí un buen acopio de oro. Colón conoció la intención y le mandó detenerse; pero Pinzón desobedeció y prosiguió su rumbo. Cuando llegó Colón á la isla de Haiti, la dió el nombre de *Española*, por hallarla con muchísima semejanza con el suelo español. Desde allí se dirigió á la parte donde se hallaban las minas de oro, que era otra isla hacia el Oriente de la de Haiti. En esta travesía estuvo á pique de perecer con toda su gente. Habiéndose retirado á descansar un rato, porque hacía dos días que no había dormido ni un instante, dejó su nave confiada al piloto; luego éste dió el timón á un grumete, y todo el equipaje se fué á dormir. El buque insensiblemente fué arrastrado hacia la costa, y cuando el muchacho lo notó, un grito doloroso y terrible despertó á toda la tripulación en el momento que un choque contra las rocas abrió la nave junto á la quilla. Inútiles fueron todos los esfuerzos que hizo Colón para salvar el buque; le fué preciso bajar á las chalupas y á fuerza de remos llegar con su gente á la *Niña*.

Luego que el cacique de aquella isla supo la desgracia que á Colón le había sucedido, se apresuró á socorrer á los españoles, poniendo á su disposición un gran número de indios para transportar á tierra todos los efectos que contenía el buque perdido, y ofreció á Colón todo cuanto pudiera necesitar para indemnizarse de aquella pérdida. En efecto, le regaló una porción de placas de gran valor, y sus vasallos, á ejemplo suyo, hicieron lo mismo, trayendo á los españoles placas de aquellas en gran cantidad. Después de permanecer en aquel país algunos días, determinó Colón volver á España para dar cuenta de su expedición á sus soberanos; y como la única nave que le había quedado era la *Niña*, pues la de Pinzón no se había encontrado por más diligencias hechas para ello, y en aquélla no era posible embarcarse toda la gente, creyó conveniente dejar una parte de sus españoles en la isla para formar una colonia.

Los españoles principiaron al instante á construir una fortaleza, y en pocos días la tuvieron concluída. Eligió el almirante treinta hombres de los que más deseos manifestaban de quedarse allí, haciéndoles prometer bajo juramento que no maltratarían á los indios ni atentarian á sus propiedades. Así arreglado todo, Colón se hizo á la vela el 4 de Enero de 1493 en una nave que, ya cascada y con demasiado porte, parecía imposible que hubiese de hacer tan larga travesía en un mar aún desconocido.

Después de haber andado algún tiempo, se descubrió á lo lejos una embarcación, y dirigiéndose hacia el almirante, fué grande su alegría cuando al acercarse halló ser la *Pinta*, que había ya contado por perdida en más de mes y m dio. Pinzón, el comandante de aquélla, se excusó diciendo que el temporal le había extraviado, no siéndole posible reunirse á su almirante. Este bien conoció que Pinzón llevaba ideas siniestras con su conducta, pero creyó atraerle aparentando que le convencían sus disculpas. Prosiguieron unidas las dos naves, y cuando los españoles se regocijaban pensando en que pronto volverían á ver á su adorada patria, donde serían recibidos entre gritos de sorpresa y de admiración por su descubrimiento de un nuevo mundo, de repente se alza una horrorosa borrasca, que arrebatando las dos aves, hace consentir á sus hombres que de un instante á otro tendrán entre las olas el término de su carrera. Unos acobardados aguardan silenciosos la muerte; otros hacen voto de ir desnudos en camisa al primer templo de la Virgen Santísima que se halle en el país cristiano adonde Dios les permita llegar.

Colón apura todos sus conocimientos de marino para salvar las naves, redobla sus esfuerzos para reanimar á su gente; pero viendo que todo es inútil, coge un pergamino, escribe con precipitación las noticias de los países que ha descubierto, y envolviéndolo bien en un paño empapado de aceite lo pone dentro de un barril, y perfectamente cerrado le arroja al mar. Era de noche, y cuando á los primeros rayos del sol principió á calmar la tempestad, la carabela la *Pinta* había desaparecido, sin que pudiese saberse si habría perecido ó si se había alejado. Al cabo de cuatro días arribó el almirante á una costa, que luego reconoció ser una de las Azores.

Como aquella isla era de los portugueses y allí cerca estaba una ermita de la Virgen, los españoles pidieron permiso á Colón para ir á cumplir su promesa. Colón se lo concedió, disponiendo que fuese primero la mitad de la gente y luego que esta volviese, la otra mitad. Los portugueses hicieron prisioneros á los primeros españoles que penetraron en su territorio descalzos y en camisa. El gobernador de la isla, intimidado, se decidió á poner en libertad á los prisioneros.

Colón se apresuró á salir de aquella tierra, y cuando ya estaba muy cerca de España, otra tormenta casi tan terrible como la primera, puso á riesgo su carabela de no acabar su

carrera. Por fin, el cielo calmó sus iras, y el almirante se halló en la desembocadura del Tajo. Envió inmediatamente un correo avisando á la corte de España su feliz regreso, y entre tanto se dirigió á Portugal para reparar un poco su nave, que se hallaba muy maltratada. Pidió permiso al monarca portugués para entrar en Lisboa, y el rey no solamente se lo concedió, sino que le mandó presentarse en su palacio, porque quería oir de boca de aquel hombre los prodigiosos descubrimientos que él mismo había podido aprovechar, y tan neciamente había despreciado. En aquella corte se le hicieron á Colón los mayores agasajos: el rey para oir su relato le mandó sentar y cubrirse. Cuando el almirante concluyó su relación, el monarca portugués le hizo las más seductoras promesas para que se quedase á su servicio; pero Colón, fiel á los reyes de España, no las quiso admitir, y embarcado de nuevo, llegó al puerto de Palos el 15 de Marzo de 1493, á los siete meses y once días de su salida de la isla Española.

CAPÍTULO IV

Victoriosa entrada de Colón en Barcelona.—Honroso recibimiento de los Reyes Católicos.—Solicita el rey la aprobación del Papa.—Salida para segunda expedición.—Descubrimiento de nuevas islas.—Vuelve Colón á Haiti.—Horrible desgracia de los primeros colonos. — Fundación de la Isabela. — Descubrimiento de la Jamaica.—Vuelta inesperada del hermano de Colón.—Primera batalla contra los indios.

La noticia de la llegada de Colón cundió en breve por la ciudad y todos los habitantes se agolparon en el puerto para ser espectadores de un suceso que no se atrevían á creer. El desembarco de la flota se hizo en medio de una estrepitosa gritería de vivas y aclamaciones, de las salvas de artillería y del son de todas las campanas de la ciudad echadas á vuelo. El almirante dispuso inmediatamente su viaje para Barcelona, donde se hallaba la corte.

De Pinzón, nada se supo con certeza. Unos dijeron que llegó al puerto poco después del almirante: otros han asegurado que se adelantó á Colón, y queriendo presentarse por sí solo á la corte, el rey se negó á recibirle mientras no fuese acompañado de su jefe; y que esta repulsa le causó una enfermedad de la cual murió á pocos días.

Llegó Colón á la corte, donde le aguardaban llenos de impaciencia los reyes Fernando é Isabel. En las calles de su tránsito un inmenso gentío se agolpaba para ver y admirar

aquel hombre que creían superior á todos los de su siglo. El aparato con que marchaba era verdaderamente admirable. Delante iban los indios que había traído del país descubierto por él; seguían luego muchos hombres, llevando todo el oro que había trasportado y las muestras de las producciones del Nuevo Mundo, como frutos, papagayos, cuadrúpedos y aves, cosas todas nunca vistas de los españoles.

En medio de la Plaza de Barcelona se había levantado un gran trono donde los reyes Fernando é Isabel aguardaban á Colón para darle una prueba de su aprecio. El almirante al llegar quiso arrodillarse á los pies de los reyes, pero éstos no se lo permitieron, mandándole sentar en un sillón que allí estaba dispuesto. Colón obedeció y con naturalidad y respeto refirió todo lo ocurrido en sus descubrimientos, presentando á los regios esposos las producciones que traía.

Cuando terminó la relación, los monarcas y todos los espectadores se pusieron de rodillas, dando en alta voz gracias al Señor del Universo por el feliz resultado de tan arriesgada expedición. Los reyes colmaron de honores al almirante y le concedieron para él y toda su familia ejecutoria de nobleza. Todos en la corte se disputaban el honor de obsequiar al virey de las Indias.

El monarca solicitó y obtuvo del Papa la sanción de la propiedad de todos los países descubiertos por Colón y los que posteriormente pudiese descubrir. Este paso de tanta importancia en aquellos tiempos en que tan ilimitado era el poder del romano Pontífice, aseguraba al rey de España en sus posesiones de Ultramar con exclusión de las demás naciones.

Inmediatamente se principiaron los preparativos para otra expedición, y en breve tiempo estuvieron en el puerto de Cádiz diez y siete embarcaciones dispuestas. Esta vez un sinnúmero de las más altas clases solicitaban la dicha de acompañar á Colón en un viaje que les prometía inmensas riquezas y gloria sin cuento. Colón escogió mil quinientos entre los innumerables que se le presentaron, y dispuso todo lo conveniente para que nada faltase ni en el viaje ni en el establecimiento de colonias en aquellos países tan remotos.

El 23 de Septiembre salió la flota del puerto de Cádiz, siéndole tan favorable el viento en todo su viaje, que en veintiocho días anduvo ochocientas leguas, llegando en domingo á una isla que denominó la *Dominica*. Sucesivamente fué descubriendo algunas otras, siendo de ellas las principales la Mari-Galan-

te y la Guadalupe. Al principio ninguna persona encontraron porque los habitantes de las islas huían á las selvas; pero los soldados de Colón consiguieron alcanzar á dos indios, y al mismo tiempo se le presentaron seis mujeres implorando la protección del almirante porque se hallaban cautivas, condenanas en su país á perpetua servidumbre. Los indios de aquellas comarcas cuando hacían prisioneros en la guerra, los asaban y se los comían, y se apropiaban sus mujeres como esclavas.

Colón consiguió sus descubrimientos en otras islas, siendo en todas ellas recibido como enemigo, sin que pudiese por medio alguno establecer relaciones amistosas con aquellos hombres feroces. Deseando ver á los españoles que había dejado en la colonia de Haiti, se dirigió hacia aquella parte. Cuando las naves llegaron á la costa saltaron á tierra algunos soldados y á poco tiempo volvieron diciendo al almirante que habían visto dos cadáveres muy desfigurados y atados del cuello á un palo en forma de cruz. Colón sospechó inmediatamente lo que podría ser; y desembarcando se dirigió al fuerte de Natividad. Ya en aquel sitio no había más que ruinas, algunas armas en el suelo, y restos de vestidos españoles y once cadáveres horriblemente desfigurados. Entonces un hermano del Príncipe Guanahaní, se presentó á Colón y le dijo que los españoles que había dejado en la isla, luego que su almirante volvió la espalda se entregaron con el mayor desenfreno á todo genero de excesos y violencias con los naturales del país, hasta que exasperados éstos trataron de vengarse de los españoles y los sorprencieron, prendiendoles fuego al fuerte y dando muerte á todos los que habían quedado en la isla.

Los soldados de Colón quisieron vengar la muerte de sus hermanos exterminando á los indios, pero el almirante lo estorbó y consiguió tranquilizar los ánimos. Eligió otro paraje de la isla mucho más agradable y sano que el primero y en él determinó establecer una ciudad. Todos los que le acompañaban emprendieron la construcción de las casas, y en muy poco tiempo se vió concluída la primera ciudad edificada por los europeos en el Nuevo Mundo, á la cual dió Colón el nombre de *Isabela.*

Pronto principiaron los que acompañaban á Colón á disgustarse del género de vida que llevaban en su nuevo establecimiento. Ellos se habían imaginado en la expedición un manantial de riquezas y un sin número de delicias, y cuando se

vieron precisados á trabajar, á sufrir las incomodidades de un clima muy ardoroso y á obedecer las órdenes de un jefe que sujetaba sus pasiones, conspiraron contra la vida de Colón. Este descubrió á tiempo la trama, y castigando en el acto á los más culpables, envió otros á España para ser juzgados. Al mismo tiempo pidió al rey que le enviase refuerzos de tropas y provisiones.

Con el intento de tener entretenida su gente y al mismo tiempo intimidar á los indios, dispuso hacer una exploración en el país acompañado de sus tropas. El estruendo de las armas, los instrumentos guerreros y algunas maniobras que mandó ejecutar á la caballería, excitaron en los indios el mayor asombro. Era la vez primera que veían caballos, y creyendo que caballo y jinete formaban un solo cuerpo, huían aterrados á sus cabañas y atrancaban las puertas con cañas creyéndose así defendidos del monstruo.

Colón había resuelto construir un fuerte en la Isla de Cibao, que era la de las minas de oro, y para ello se puso en marcha con su tropa, llevando todas las herramientas necesarias y los materiales para la obra. La construcción del fuerte les era de mucha necesidad á los españoles en aquel paraje, porque proponiéndose explotar las ricas minas de oro, debían procurarse la defensa contra los indios de la comarca, los cuales habían sido los autores de la muerte dada cruelmente á los españoles de la primera colonia. En el país aquel no se hallaba mina alguna trabajada: los naturales jamás habían pensado en dedicarse á tal trabajo. El oro que usaban en hojas y pequeños granos, lo adquirían en las corrientes de los arroyos que bajaban de las montañas, lo cual era un indicio seguro de que en ellas había de aquel metal en abundancia.

Luego que Colón dejó construído el fuerte y puesta en él una respetable guarnición, volvió á donde estaba la colonia, la cual halló en una situación lastimosa. Los campos no se habían cultivado por estar empleadas las gentes en otras tareas del nuevo establecimiento, y así, concluídos los víveres, próximos á morir de hambre, también estaban sufriendo los horrores de una epidemia, por efecto del clima demasiado ardoroso y las fatigas á que se habían dedicado. Los colonos, lamentándose de su triste estado, maldecían el momento en que dejándose llevar de las seductoras esperanzas de enriquecerse, habían abandonado su patria y su familia. A la cabeza de los

descontentos se hallaba el capellán de la armada, incitando los ánimos en rebelión contra el almirante. Este supo triunfar de sus enemigos, y luego que hubo restablecido completamente la tranquilidad, se puso en camino para nuevos descubrimientos, dejando á su hermano Diego por gobernador de la colonia.

En esta expedición fué su más importante descubrimiento el de la Jamaica. Las naves que allí había llevado eran un navío y dos chalupas, y hallándose bastante averiadas, le fué preciso entrar en el puerto y desembarcar para componerlas. Recorrió detenidamente Colón aquel país y le halló mucho mejor que el de la Española, por cuya razón tomó posesión de él en nombre de los reyes de España. Luego navegó para reconocer en la isla de Cuba si en efecto era una isla ó era una parte del continente. En aquella travesía tuvo que sufrir un sinnúmero de padecimientos por las repetidas borrascas que le acometieron, extraviándole más de una vez del rumbo que se había propuesto. En viaje tan dilatado se le acabaron los víveres y estuvo á punto de perecer de hambre con todos sus compañeros. Estos le acusan sin cesar de haberlos llevado á perecer á tan remotos climas, y él tiene que apurar toda la superioridad de su ingenio y de su energía para que tales gentes vuelvan al orden. Llegan por fin á Cuba y desembarcan. Los indios le dan á conocer un paraje de la isla donde poder coger en abundancia unos pájaros de mucho provecho para el alimento. Aquellos pájaros se hallaban allí en número tan excesivo, que cuando volaban cubrían el terreno de una densa oscuridad en el día de sol más brillante.

La salud de Colón se resintió de tantas fatigas y disgustos; al fin sucumbió á la fuerza de una enfermedad, y los que le acompañaban se vieron precisados á volver á la Isabela. Una satisfacción inmensa y no esperada tuvo á su arribo á la ciudad. Su hermano Bartolomé había llegado de España con los refuerzos pedidos por Colón y fué la primera persona que le salió á recibir. El gozo que recibieron ambos hermanos al estrecharse entre los brazos después de dos años en que no habían sabido el uno del otro, es indecible Desde aquel momento la salud de Colón principió á mejorarse, y no fué necesario mucho tiempo para estar completamente restablecido.

Trece años hacía que los dos hermanos se habían separado para ir Bartolomé á Inglaterra en solicitud de los auxilios necesarios para realizar los proyectos del descubrimiento del Nue-

vo Mundo. Muchas dificultades se presentaron á Bartolomé para el logro de sus pretensiones, mas al fin consiguió que aquel monarca le concediese lo que pedía. Cuando embriagado de placer volvía para dar á su hermano el aviso, al llegar á Francia supo que aquél había ya ejecutado su expedición bajo los auspicios del rey de España. Bartolomé llegó á Cádiz después que su hermano había salido para su segundo viaje. Cuando supo el rey su llegada le mandó presentar en su palacio, donde le hicieron los mayores honores y fué elegido para ir donde estaba su hermano Cristóbal con los auxilios que éste reclamaba.

Cuando llegó Bartolomé á la *Isabela*, se hallaba la colonia en el estado más deplorable á causa de la anarquía que reinaba en ella por la ausencia del almirante y los estragos de las epidemias que una tras otra diezmaban á los habitantes reducidos ya á una tercera parte. El capellán de la armada, jefe de los descontentos, había intentado la insurrección por diferentes medios; pero en el momento que ya era más posible su triunfo, se apareció el hermano de Colón, cuya presencia tan inesperada intimidó á los insurrectos, y el clérigo acompañado de algunos otros huyó á España en una de las naves de la expedición. Los soldados, habiéndose dedicado en partidas á recorrer el país, causaban en él todo género de vejaciones á los indios, los cuales, viendo en los españoles unos implacables enemigos, emplearon sus armas contra ellos, y casi todo el país se hallaba en pie de guerra.

Tal era la situación de la colonia cuando se apareció Bartolomé y poco después cuando volvió Colón. Más de cien mil eran los indios que se habían puesto sobre las armas para aniquilar aquel tan insignificante número de españoles. Colón, sin embargo, estaba seguro de poder en muy poco tiempo destrozar aquellas fuerzas tan superiores á las suyas, pues sabía muy bien que nada valía el poder de los indios contra la táctica y las armas de los españoles; pero el sentimiento de tener que derramar la sangre de aquellas gentes pacíficas que habían sido provocadas á defenderse de las violencias de los extranjeros, le hacía retardar la hora del combate, y trató de poner en juego algunos medios para una reconciliación. Todo fué inútil: los ánimos de los indios estaban demasiado exasperados para darse á ningún partido.

El cacique Guanahaní se presentó á Colón ofreciéndole su auxilio para el día de la batalla. Aceptó los generosos ofreci-

mientos del indio, y los dos jefes salieron á campaña, cada cual con muy corto número de soldados.

Los ejércitos enemigos se hallaron pronto frente á frente. Los indios, en número tan considerable, avanzaban dispuestos á sepultar en el polvo á un puñado de adversarios, aunque también éstos, por su parte, aguardaban que los otros se vengan á las manos para destrozarlos con la velocidad del rayo, confiados en la superioridad de sus armas, en el estrago que podrán causar en las masas enemigas los solos veinte caballos que llevan y un gran número de perros enormes de presa que se han de soltar contra los indios desnudos, en el momento más crítico del combate. Para mejor asegurar el resultado, Colón entretuvo el día con algunas estratagemas, y después de cerrada la noche, cayó de improviso sobre sus contrarios; los que, viéndose acometidos impensadamente, al ruido y resplandor de la pólvora, para ellos tan desconocido, con los gritos de los soldados, los ladridos de los perros, y el estrépito de los caballos, creyeron que todo el cielo se les desplomaba encima, y huyeron aterrorizados, siendo la mayor parte alcanzados en la fuga, hechos pedazos por los perros ó aplastados por los caballos.

Después de esta victoria, ya Colón pudo, sin resistencia, dejar asegurada la dominación en toda la isla.

CAPITULO V

El clérigo de la armada.—Impuesto de Colón á los indios.—Venganza de éstos.—El comisario Aguado.—Vuelve Colón á España.—Se justifica contra sus enemigos.—Armamento de nuestra flota.—Contratiempos del viaje.—Funda la ciudad de Santo Domingo.—Rebelión de Roldán.—Expedición de Ojeda.—Américo Vespucio da su nombre al nuevo mundo.

Como ya hemos dicho que el clérigo de la armada, el padre Bruil, se había escapado hacia España, Colón comprendió muy bien que éste su implacable enemigo se presentaría en la corte con alguna trama que le hiciese caer de la gracia de los soberanos. El mejor medio que podía el almirante oponer á todas las maquinaciones de aquel hombre, era enviar á los Reyes Católicos grandes cantidades de las riquezas que les había prometido al emprender la expedición. Para realizar este pensamiento, le fué forzoso al almirante imponer á los indios contribuciones desmesuradas de todo lo que más valor tenía para él como producciones de aquellos países. Los indios, acostumbrados á una vida indolente, se resistían á los trabajos

penosos que les exigía dar cumplimiento á los impuestos de Colón; mas los soldados de éste se hacían pagar á viva fuerza lo que de grado se les negaba.

Los indios, exasperados con semejante tratamiento, determinaron libertarse de la presión de los españoles. Para ello imaginaron que si dejaban de sembrar en sus campos el maíz y el casabé, que era el principal alimento en el país, los extranjeros, por no perecer de hambre, tendrían que abandonar aquel suelo. En efecto, destruyeron todo lo que ya tenían sembrado y se retiraron á las selvas, donde por algún tiempo se mantuvieron con hierbas silvestres; mas faltándoles después éstas, ellos fueron los primeros que sufrieron los rigores del hambre. Los españoles, por su parte, adoptaron el medio de cultivar por sí los campos que habían abandonado los indios, y éstos hubieron de convencerse que poco ó nada valían sus fuerzas contra las de sus opresores.

El clérigo padre Bruil, escapado de la colonia, cuando llegó á España hizo una relación tan triste del estado de aquellas gentes, que la corte creyó necesario enviar allá un comisario que inspeccionase la conducta de Colón, y diese su informe al rey Fernando. Los enemigos del almirante propusieron que fuese un tal Aguado, hombre que también odiaba al genovés.

Luego que llegó allá el comisario, se dió tan buena maña en el desempeño de su cargo, que no pudiendo Colón sufrir las humillaciones y malos tratamientos de aquel hombre, determinó volver á la corte y hacer ver á sus reyes que habían sorprendido su buena fe. Dejó en la isla Española por gobernador á su hermano Bartolomé, y como jefe de la justicia á un tal Roldán. Embarcado para España, la suerte fué tan contraria, que se le agotaron las provisiones por los rodeos y retrasos que tuvo en el viaje. Por fin, sufriendo grandes padecimientos, llegó á las costas españolas, se presentó á los jueces y logró confundir á sus enemigos, quedando él completamente justificado. En prueba del aprecio que le conservaban los reyes Fernando é Isabel, accedieron á todo cuanto les pidió Colón para la subsistencia de la colonia del Nuevo Mundo. Sin embargo, sus enemigos trataron de perjudicarle á pesar de las órdenes del rey, entorpeciendo los preparativos de la nueva flota, de modo que se pasó un año antes de que pudiesen salir los navíos con provisiones para la colonia, y después otro año pasó hasta que pudo Colón embarcarse con la escuadra para sus nuevos descubrimientos.

En esta expedición, el almirante, al cabo de algunos días de navegación, descubrió una isla en forma de tres montañas, por lo cual la dió el nombre de Trinidad. Examinando con detenimiento las circunstancias del terreno, se convenció de que aquello no podía ser una isla, sino parte del continente que buscaba. Los habitantes de aquel país se distinguían de los de la Española, por la blancura del cutis, por su valor y por su inteligencia.

Navegando luego hacia la Española, descubrió la isla Margarita. Cuando llegó á donde había dejado á su hermano, halló que éste, llevando los colonos de la Isabela á otro sitio mucho más ventajoso, en él había fundado una ciudad con el nombre de Santo Domingo. Luego que la dejó establecida, Bartolomé salió á recorrer los parajes que no había visto Cristóbal, y dejó en Santo Domingo á Roldán con la mayor parte de las tropas. Este hombre, así que se vió allí por único dueño, aprovechando la ausencia de Colón y la salida del hermano, trató de quedar con la autoridad exclusiva de la isla.

En vista de tal rebeldía, Colón tuvo pensamiento de ponerse á la cabeza de los soldados que le eran adictos y marchar á castigar á Roldán; pero el horror de una guerra civil le hizo sofocar su amor propio y buscar una reconciliación, prometiendo un indulto general á los que volviesen á sus banderas, y al mismo Roldán le prometió conservarle en el puesto que ocupaba antes de su rebelión. Aunque á fuerza de gran trabajo, consiguió el almirante su objeto, y en seguida envió á la corte de España una relación de su descubrimiento de la tierra firme, de la rebelión que había sofocado y del itinerario de sus embarcaciones. Al mismo tiempo Roldán envió por sí otra relación disculpándose y acusando al almirante. Las palabras de Roldán tuvieron mejor acogida en la corte que las de Colón.

Por aquel tiempo los portugueses habían descubierto un camino para las Indias Orientales, que llenaba los puertos de Portugal de las producciones riquísimas de las Indias. Con este suceso, la codicia de los españoles se despertó de modo que por todas partes se intentaban expediciones para nuevos descubrimientos, pareciéndoles que el de Colón era de muy pequeña, cuando no de inútil importancia. Uno de los que intentaron tales viajes fué un tal Ojeda, compañero que había sido de Colón en su primera salida, el cual, con varios navíos que le armaron algunos negociantes de Sevilla, y con los diarios y noti-

cias dadas por Colón á la corte que le facilitaron los enemigos del almirante, se hizo á la vela en compañía de un italiano llamado Américo Vespucio. Este, cuyos conocimientos eran muy superiores á los de Ojeda, logró en breve ser el verdadero jefe de la expedición. Con el itinerario de Colón en la mano, siguió el mismo rumbo de aquél, y arribando á todas las costas que había tocado el almirante, llegó tambien á la del continente. Cuando ya hubo tomado bastante conocimiento de todos aquellos puntos, volvió á España, donde hizo correr la voz de que había descubierto la tierra firme del Nuevo Mundo. Tal gloria pertenecía exclusivamente á Colón; pero como éste no había publicado sus noticias, en la corte solamente se sabian, y allí casi todos eran enemigos suyos. Esta circunstancia hizo que le considerasen los españoles como el autor del descubrimiento de tierra firme á la otra parte del Océano, al italiano Américo Vespucio, dándole su nombre, y ya desde entonces se llamó América.

CAPITULO VI

Nuevo comisario á las Indias.—Bobadilla en Santo Domingo.—Prisión del almirante y su regreso á España.—Su libertad por orden del rey.—Preséntase en la corte.—Ovando en reemplazo de Bobadilla.—Su nombramiento de gobernador —Nuevo viaje de Colón.—Hostilidades con los indios.—Regreso de Colón á España.—Su establecimiento y su muerte.

La rebelión que había logrado apaciguar Colón en la isla Española, no había sido dominada por algún tiempo, y Roldán, que odiaba ilimitadamente al almirante, ponía en juego toda clase de maquinaciones para concitar los ánimos de los descontentos y para malquistarle con la corte de España. Tales sugestiones lograron que el rey creyese culpable á Colón. El rey dispuso que fuese allá un comisario con facultades para destituir al almirante si lo juzgaba oportuno. Este hombre, propuesto por los enemigos de Colón, se llamaba Bobadilla.

Cuando el comisario llegó á la Española, se hallaba Colón fuera de la ciudad ocupado en asuntos de su gobierno. Aprovechó Bobadilla esta ocasión para tomar inmediatamente posesión de la casa de aquel y de cuanto en ella había, declarando públicamente que le había enviado el rey á la colonia para destituir á Colón. Soltó á todos los que tenía presos el almirante, y á éste le citó por un alguacil para que compare-

ciese en su presencia. Colón obedece sin tardanza, y su juez, negándose á verle, manda que le pongan un par de grillos. La orden es ejecutada, conduciéndole á bordo de un navío. También los dos hermanos de Colón fueron cargados de cadenas y puestos en otro navío. Bobadilla forma la causa de los tres hermanos y los sentencia á muerte; pero luego se horroriza de la ejecución y determina enviarlos á España, confiado en que allí será ejecutada la sentencia. En el momento que se hicieron á la vela los navíos, el capitán quiso quitar á Colón los grillos; pero él no consintió; diciendo que puesto que los llevaba por orden de los reyes, á ellos solamente correspondía el mandárselos quitar.

El capitán llevaba orden de entregar los presos al ministro del departamento de Indias, pues había querido Bobadilla quitar toda ocasión en que pudiera el almirante hablar á la reina Isabel. Sin embargo, el capitán, compadecido, hizo que llegase á manos de la reina una carta de Colón, en la cual la imformaba de todo lo ejecutado por Bobadilla bajo el nombre de los monarcas. Indignados los reyes de que hubiese abusado de su autoridad el comisario, comprometiendo la dignidad real en un proceder tan inicuo con un hombre como Colón, que tan importantes servicios había prestado á la España, mandaron que al momento fuera puesto en libertad juntamente con sus dos hermanos, y á Colón se le llamó á la corte, donde fué bien recibido y agasajado, disponiendo la reina que se le diese el dinero necesario para presentarse con el brillo correspondiente á su rango. En seguida el rey dió la orden para que fuese destituído Bobadilla, nombrando en su lugar otro llamado Nicolás de Ovando. Desde entonces el almirante llevaba por todas partes sus grillos, mostrándolos como el pago de sus servicios, y dispuso que á su muerte le enterrasen con ellos.

Ovando marchó para las Indias Occidentales, llevando la flota mayor que había salido hasta entonces, compuesta de treinta y dos embarcaciones con dos mil quinientos hombres. Cuando llegó á la Española, Ovando la encontró en el estado más lastimoso á causa de la conducta de Bobadilla.

Colón, que no podía acostumbrarse á la quietud de la corte y deseaba emprender nuevos viajes, imaginó que siguiendo la costa que últimamente había descubierto, sería fácil llegar á la India por un camino mucho más corto que el descubierto por el portugués Vasco de Gama. Los Reyes Católicos acogie-

ron bien aquel nuevo proyecto, aprestándole una escuadra para emprender una nueva expedición.

Solamente cuatro navíos muy pequeños y mal acondicionados componían el equipo de Colón, y sin embargo, se arriesgó á emprender un viaje tan dilatado, sólo con el deseo de ser útil á España. Salió del puerto de Cádiz el día 11 de Mayo de 1502, dirigiéndose á Santo Domingo. Cuando estuvo á la vista de la isla, pidió permiso á Ovando para entrar en el puerto; mas el gobernador se lo negó. Colón, como experimentado marino, conoció que se acercaba un furioso huracán.

El gobernador había dispuesto una flota considerable para enviar á España, y debiendo hacerse á la vela en aquel día, Colón le advirtió el gran peligro, y al mismo tiempo le suplicó le permitiese guarecerse de la tormenta. Ovando despreció las palabras de Colón, prohibiéndole la entrada en el puerto y haciéndose á la vela la flota para España. Esta pereció casi toda pocos instantes después de su salida, en que estalló una horrorosa borrasca, y la escuadra de Colón pudo salvarse por las sabias disposiciones del almirante. Solamente se libraron del naufragio tres embarcaciones de las diez y ocho que componían la rica flota enviada por Ovando. En ella iban Roldán y Bobadilla, y en el fondo del mar recibieron el castigo de su depravada conducta.

Colón siguió su rumbo luego que hubo pasado el peligro, y aunque descubrió varias islas, unas después de otras, en una larguísima navegación, no pudo encontrar el término que se había propuesto, ó sea el paso desde el Atlántico al mar del Sud, por lo cual, desanimado, renunció á su proyecto, retrocediendo á un país llamado Veragua, donde le habían informado que había muy ricas minas de oro. Grandes fueron los peligros y trabajos que sufrió en este viaje, pero al fin llegó al país que deseaba. Viendo Colón que aquel sitio era hermoso y tan riquísimas sus producciones, determinó establecer allí una colonia, y en pocos días se construyeron las casas necesarias. Los indios de aquel territorio se opusieron al establecimiento y atacaron á los españoles con tal denuedo, que les fué difícil triunfar de sus adversarios. Al fin lo consiguieron; mas, repitiéndose diariamente las embestidas, hubieron de renunciar al establecimiento de la colonia, y embarcados de nuevo, Colón se hizo á la vela con tres navíos en muy mal estado, dejando abandonado uno que de nada le servía.

En este viaje le fué muy contraria la suerte; sufrió una te-

rrible tormenta que destrozando sus naves mal acondicionadas, le quedó solamente un navío medio deshecho.

La tripulación se le rebeló, atribuyéndole la causa de todas sus desgracias, y atentaron contra la vida de Colón. En grande apuro se vió éste para librarse del peligro; mas por fin logró sofocar la rebelión, y luchando con todas sus fuerzas contra el furor de las olas, consiguió arribar al puerto de Sanlúcar, en Andalucía.

Cuando Colón desembarcó supo la muerte de Isabel de Castilla, acaecida el 9 de Noviembre del mismo año de 1504. El almirante, luego que descansó y se restableció de sus dolencias, pues los repetidos ataques de la gota que padecía le ponían á punto de morir, se puso en camino para la corte. Se presentó al rey Fernando acompañado de su hermano Bartolomé, y el monarca los recibió con grande frialdad. Colón hizo repetidas instancias para que fuesen recompensados sus servicios; y aunque se le dieron en la corte muy buenas palabras, viendo que nunca llegaban á ser cumplidas, renunció al fin á todos sus privilegios y el rey le dió en equivalencia una villa pequeña con algunas posesiones. Así terminó su carrera el hombre que había cubierto á la España de gloria dándola riquezas de gran importancia con el descubrimiento de un Nuevo Mundo.

Se retiró Colón á Valladolid á disfrutar pacíficamente el fruto de sus penosos trabajos, y allí permaneció muy poco tiempo, pues agravadas sus enfermedades, entregó su alma al Criador el día 20 de Mayo de 1506, día de la Ascensión, á la edad de 70 años. Fué trasladado su cadáver á la Cartuja de Sevilla, y desde allí á la Isla Española, siendo enterrado en la capilla mayor de la catedral de Santo Domingo, donde por espacio de tres siglos han descansado sus restos mortales, hasta que cedida la parte española de la Isla de Santo Domingo á los franceses, fueron exhumadas las cenizas y trasladadas á la isla de Cuba, con ánimo de construir un monumento digno de la memoria del gran Colón, lo cual todavía no se ha verificado.

FIN